

*EUGENESIA, CULTURA CIENTÍFICA Y CULTURA POLÍTICA.
APUNTES PARA REPENSAR UNA RELACIÓN INCÓMODA.
ARGENTINA (1900-1939)¹*

Gustavo Vallejo
Investigador Independiente del CONICET
(Argentina), con sede en el Centro de Estudios
de Historia, Cultura y Memoria (CEHCMe)
del Departamento de Ciencias Sociales de
la Universidad Nacional de Quilmes

VALORACIONES Y PARADOJAS EN TORNO A LA EUGENESIA

Para quienes ponemos en duda la posibilidad de pensar la ciencia desde un horizonte absolutamente autónomo, la eugenesia nos ofrece en su relación con el poder algo más que un caso de estudio curioso, al dar cuenta de diversos problemas que atañen a la cultura científica y la cultura política en las que se vio inmersa. Asumir este presupuesto, implica desandar ciertas elusiones que adoptaron la forma de un sentido común extendido a distintos saberes. En el campo científico, la eugenesia llegó a considerarse una anomalía de la ciencia, originada a partir de propósitos absolutamente ajenos a ella. En el campo político, el liberalismo fue visto como un límite a los abusos de poder, moderando los extremos a través de una suerte de homeostasis política tendiente a vol-

¹ Este artículo se enmarca en los proyectos PIP-CONICET 114-201101-00379 («Eugenesia y fascismo: Argentina y la influencia italiana en el cruce de la cultura científica y la cultura política (1922-1945)» dirigido por Gustavo Vallejo; y HAR 2013-48065-C02-1-P («Ciencia en un mundo global. Historia Natural, Antropología y Biología entre el viaje científico y la ciudad») acreditado por el Ministerio de Economía y Competitividad de España.

ver inviable el autoritarismo y también la eugenesia. Y en el plano religioso, se le ha asignado a la Iglesia Católica una postura de inequívoco rechazo a la eugenesia, que habría resultado fundamental para impedir su desarrollo en países de ascendencia latina.

Ese énfasis puesto en disociar a la eugenesia de lo científico, lo político y lo religioso, equivalió a operar –en el estricto sentido clínico del término, entendido como extirpar– separándola de una valoración positiva asignada a la ciencia, a la tradición liberal y a la tradición católica.

Sin embargo, distintas evidencias históricas permiten abordar la eugenesia de otro modo, para advertir aspectos del impacto que tuvo en la Argentina, signados por una imbricación con aquello que, a priori, se le atribuyó una función refractaria. Vale decir, la eugenesia aparece así como expresión genuina del campo científico del que emergió, no un desvío irregular en su decurso, donde con enorme visibilidad éste la proveyó de reconocimiento académico en congresos internacionales, en sociedades con prestigio y en disciplinas que la incorporaron de diversa manera en sus planes de estudios para la formación superior. También esta mirada de la eugenesia nos insta a repensar aquel sentido común que le asignó al liberalismo y al catolicismo, por medios divergentes, la cualidad de situarse siempre en sus antípodas, como lo habrían hecho con toda forma política o cultural que asumiera acciones coercitivas sobre la voluntad de los individuos. Porque, precisamente, a partir de ese sentido común se creó, a su vez, una mirada extremadamente simplificada de la eugenesia, que estableció que en países como la Argentina, con fuerte peso de la tradición liberal y la católica, sólo pudo prosperar algo que poco habría tenido que ver, en esencia, con la creación de Galton. En todo caso habría sido una eugenesia más bien benéfica, vista desde una oposición binaria como antagonica a la eugenesia anglosajona, donde las diferencias entre aquella y ésta asumían caracterizaciones axiológicas de buena/mala; ambiental, positiva, optimista/geneticista, negativa, pesimista, dentro de una suerte de hermenéutica *ad hoc* propiciadora de una particular forma de taxonomizar la historia a partir de aquellas categorías.²

En la última década existieron en Latinoamérica importantes avances en la comprensión de distintos problemas identificados en torno a la eugenesia, liberándose del corsé de categorías interesadas mucho menos en entender la eugenesia en sí, que en el modo de integrarla a tradiciones historiográficas preexistentes que fueron construidas sin tener que vérselas con problemas de ese tipo.³

Nos detenemos aquí en visualizar los rasgos coercitivos de la eugenesia, que atraviesan sus distintas vertientes entre las que sólo cabe distinguir, en esencia, aquella que desde el anarquismo propugnó por elevar a la humanidad en su conjunto, conduciéndola hacia una sociedad libre.⁴ Pero más allá de estos programas fundados en

² El precursor trabajo de Stepan (1991) sobre la eugenesia en Latinoamérica, focalizando su estudio en México, Brasil y Argentina, tuvo numerosas relecturas que, en muchas oportunidades, limitaron de una manera muy reductiva ese aporte a los pares oposicionales señalados.

³ Para un balance historiográfico de la eugenesia en las últimas décadas, véase Miranda (2014a).

⁴ Una obra referencial fue Nettlau (1933). Para indagar programas eugénicos de educación alternativa y liberación sexual que impulsó el anarquismo con impacto en la Argentina de comienzos de siglo XX, véase Ledesma Prietto (2014), Jiménez Lucena y Molero Mesa (2014).

el anhelo de la superación igualitaria de la especie, la eugenesia en sus variantes más influyentes por actuar desde el poder –no contra él– planteó claramente una idea de raza como universo homogéneo a proteger o a modelar, a través de selecciones llevadas a cabo por medios que entrañaron siempre algún grado de coerción. En este sentido, podemos pensar que allí reside una propiedad inherente a la eugenesia desprovista de rasgos libertarios, cuyas diferencias podrán graduarse entonces entre el ejercicio de una coerción explícita o de una coerción disimulada (Miranda, 2003).

Desde esta perspectiva, buscamos asumir la incomodidad que supone moverse de ciertos esquemas tradicionales para ver más claramente, aspectos de la confluencia entre eugenesia, liberalismo y catolicismo, identificando extendidos acuerdos que constituyen la clave del problema, antes que excepciones o rarezas historiográficas.

Ello ocurre con los términos eugenesia/Iglesia, a los que reiteradamente se los consideró como antagónicos, aun cuando los discursos de las propias instituciones y de sus figuras protagónicas, arrojaran posturas muy claras que no se condicen con tal caracterización. Efectivamente existió una unidad explícita entre eugenesia e Iglesia Católica que sólo yendo en un nivel de género a especie, se rompe por la oposición de la Iglesia a tipos particulares de eugenesia, aquellos que adoptaron prácticas vinculadas al *birth control* o la esterilización. La eugenesia como género, en cambio, fue situada por encima de todo tipo de disputa, como un verdadero ideal de la Iglesia (Vallejo y Miranda, 2014).

Un abordaje atento a las implicancias de la eugenesia nos obliga a despejar del análisis las opacidades que presenta la vinculación automática de lo ambiental con una valoración positiva y optimista, del mismo modo que lo hace la apelación al Holocausto desde dos formas de negacionismo: el de rechazar de plano la posibilidad de discernimiento acerca de las consecuencias de la eugenesia antes de conocerse los horrores del nazismo y el de desestimar que después de conocidos esos horrores pudiera haber pervivencias de algún tipo.

El Holocausto también condicionó perspectivas que exaltaron diferencias en el devenir de la eugenesia a través de adjetivos que, tomando ese hito como parteaguas, asimilaron un antes y un después a una eugenesia clásica y otra eugenesia liberal.

Ahora bien, existen suficientes ejemplos para poner en duda las implicancias de aquellas categorías en lo concerniente a enfatizar fuertes quiebres históricos. El ejemplo estadounidense es muy elocuente al respecto, dando cuenta de una ininterrumpida continuidad de las esterilizaciones compulsivas a grupos vulnerables desde que esas prácticas comenzaran en 1907 hasta 1977, cuanto menos (Stern, 2005). En este sentido, la eugenesia liberal ha sido una caracterización de limitada eficacia para entablar con ella una directa vinculación a una etapa histórica determinada y/o connotaciones valiosas atribuidas dentro de esa etapa, como la de decidir libremente en relación a nuevas posibilidades provistas por la genética.⁵ Pensar la eugenesia liberal, para

⁵ La «eugenesia liberal» cobró impulso en torno al último cambio de siglo como expresión que buscó desligar de la carga disvalorativa atribuida a esa disciplina por su relación con el Estado. La marca distintiva de la nueva eugenesia liberal es, entonces, la neutralidad del Estado (Agar, 1998). Un elemento central que se situó en el debate fue el ataque a las libertades reproductivas que entrañó el nazismo. Estando aquellas

nosotros, supone encarar un abordaje histórico que difiere, por ejemplo, del propósito que se persiguió recurriendo a ese concepto para poner en discusión las terapias genómicas (y las ventajas de la libertad ganada a expensas de la retracción del Estado). Porque al emprender esa tarea se nos advirtió acerca de la posible reaparición en el futuro de algo que está vinculado al pasado, recalcando que la novedad está en lo inefable: vamos camino «¿Hacia una eugenesia liberal?», señala el título de una influyente obra de Habermas. La pregunta retórica marca lo paradójico de la asociación de los términos preanunciando la catástrofe que se avecina si ambas nociones llegaran a confluír (Habermas, 2002). Sin embargo, y sin desconocer la enorme importancia de las críticas sistémicas a la nueva genética, vale la pena señalar que, con diferencias en la modulación del discurso, impacto, exposición incluso del propio término, existen distintos registros de una continuidad histórica que expone la naturalidad con la que esa relación entre la eugenesia y el liberalismo se expresó y podemos analizar. No ya como una advertencia para contener la proyección a un futuro incierto, sino como reflexiones acerca de las certezas que el pasado nos proporciona, donde aún queda mucho por indagar si sorteamos la tendencia a reproducir la presunción de que esa conexión entre eugenesia y liberalismo encierra una paradoja.

EUGENESIA: LA UTOPIA DE LA SOCIEDAD SIN CONFLICTOS

Como sucede con la utopía, la eugenesia es un término cuyo origen puede ser claramente establecido a partir de un neologismo basado en la conjunción de vocablos griegos. En un caso lo creó Tomás Moro en 1516 aunando *u-topos*, literalmente no lugar, y en otro Francis Galton en 1883, reuniendo *eu-genes*, buen origen. Y los dos términos tienen en común otra particularidad que es la de desafiar el sentido de la etimología cuando ella nos indica que en el origen de una palabra existe un dato sustancial acerca del inicio de una práctica. Como ha analizado La Vergata (2013), eugenesia y utopía suscitaron desde su aparición formas de pensar y actuar sobre la realidad, pero también connotaron ideas y acciones que se remontan a los orígenes mismos de la civilización occidental. De ahí que pueda aludirse recurrentemente a Platón como el primer utopista, mucho antes aún que Moro creara la palabra utopía; y, que fueran los espartanos verdaderos precursores de aquello que con Galton recién tendría su denominación varios siglos más tarde.

Eugenesia y utopía encierran así nociones de larguísima duración, de donde devienen formas de conceptualizar la sociedad que conllevan también una voluntad de acción, orientando su desarrollo. Interpelan al tiempo y espacio (como lo revelan términos ligados al origen y al lugar), a partir de un diálogo permanente entre idealizadas caracterizaciones del pasado y del futuro, sujetas a permanentes intercambios

garantizadas por el derecho constitucional de los Estados Unidos, no habría riesgos de que una nueva eugenesia provocara los mismos errores que en el pasado (Buchanan *et al.*, 2001). Si con el fin de la Guerra Fría fue posible imaginar la universalización de esos principios, nada más contrastante a ello resultaron ser las prácticas desarrolladas en Perú, entre 1996 y 2000, cuando el gobierno de Fujimori llevó a cabo la esterilización compulsiva de unos 200.000 indígenas a través de un programa financiado por organismos internacionales merced a la intervención de los Estados Unidos.

y desplazamientos operados para, en definitiva, situar el mejor origen en relación a un tiempo indeterminado que ilumina las acciones del presente en pos del ideal que está en el mañana.

Desde fines del siglo XIX la creación del vocablo eugenesia trajo novedades ciertas. Aquella vieja idea ahora tenía un *status* particular en el campo del saber, podía plasmarse dentro de la academia y comenzaba a consolidarse como una disciplina científica en la Inglaterra victoriana. Sus interminables raíces quedarían expresadas en la forma de un árbol, que fue su más clara identificación gestada cuando, esa idea, convertida en ciencia, luego devino en un gran movimiento internacional. El cartel del Congreso internacional de 1921⁶ expresaba con elocuencia su vocación totalitaria: «Como un árbol, la Eugenesia diseña sus materiales a partir de muchas raíces y los organiza en una entidad armónica. Eugenesia es la dirección de la evolución humana». Cada raíz representaba una disciplina distinta: Anatomía, Fisiología, Psicología, Genética, Test Mental, Antropometría, Historia, Geología, Arqueología, Etnología, Derecho, Estadísticas, Políticas, Economía, Genealogía, Evolución, Sociología, Religión, Psiquiatría, Cirugía, Medicina. Así se buscaba dar cuenta de un verdadero programa dirigido a extender la interpelación al estado de normalidad de la sociedad, recabando la información necesaria para alimentar un tronco común. Las disciplinas involucradas comprenden los factores que inciden en la herencia y en el ambiente, dando cuenta de cómo ambas instancias resultaban instrumentales dentro de una estrategia común de identificar lo normal y lo anormal, para luego asignarle a cada entidad el lugar que le correspondía. Con estos vastos alcances promovidos por la eugenesia, distintos hombres de Estado creyeron tener al alcance de la mano la posibilidad de consumir, justamente, la utopía de una sociedad sin conflictos.

La ciencia de Galton venía a reforzar las estrategias de control social que el liberalismo buscó a través de reapropiaciones del darwinismo, como la que llevó a cabo Herbert Spencer para plantear una gran metáfora social, donde Naturaleza y Mercado quedaban equiparados a fin de establecer una directa correlación entre la lucha que debían sostener aquellas especies que pugnaban por sobrevivir con los individuos y grupos sociales que trataban de insertarse en la economía de la revolución industrial (Spencer, 1900). Desde esta perspectiva, el orden social reposaba en la naturalización del lugar que cada uno ocupaba en la sociedad, donde, los sectores más encumbrados, podían confiar en los designios inmodificables que la ciencia enunciaba. De ahí que la directa traducción política de la metáfora spenceriana, consistiera en asociar la idea de evolución a un gradualismo carente de cambios bruscos, donde resonaría constantemente la sentencia de Linneo *natura non facit saltum*.

Sin embargo, el darwinismo social no despejó por completo los temores de una nueva burguesía amenazada por la misma movilidad que le había permitido a ella ascender en la escala social. Vale decir, no clausuró por completo la idea de cambio, dejando abierta la posibilidad de reapropiaciones de otro tipo. De hecho, antes que

⁶ Era ese el segundo Congreso internacional de Eugenesia, celebrado en Nueva York.

Spencer, había sido el anarquista Émile Gautier, quien acuñó el término darwinismo social en un ciclo de conferencias pronunciadas en París en 1879.⁷

La eugenesia entonces venía a controlar el azar de la evolución darwiniana (Vallejo y Miranda, 2014), donde el hecho de desconocer de antemano quien detentaría la aptitud para sobrevivir en la *struggle for life* abría grandes interrogantes. Francis Galton, nunca ocultó su propósito de crear una ciencia que diera respuesta a aquello que más inquietaba, como era la angustia que generaba en las clases acomodadas el azar, que en ese juego de correlaciones, equivalía a introducir en la sociedad la movilidad social. Galton entonces generó desde la eugenesia un mecanismo anticipador de los resultados de la lucha por la vida, evitando los costos sociales que conllevaba sostener esa lucha en el plano social y los costos económicos de atender a todos por igual a la espera de la resolución de esa lucha. Residía aquí un principio básico de cómo la matriz liberal entiende la gobernabilidad y que tiene que ver con la máxima eficiencia en el control de los recursos. Algo que a su vez no hacía sino reinstalar las advertencias de Robert Malthus en relación a la insustentabilidad en el tiempo que expresaban las curvas de crecimiento poblacional a un ritmo que no era seguido por las curvas de crecimiento de los alimentos que se producían. Ante la ecuación clara que indicaba que existía superabundancia de gente y faltante de alimentos, la respuesta responsable del hombre de gobierno era saber trazar esa línea que delimitaba cuáles eran vidas dignas de ser vividas, y por ende alimentadas, y cuáles no. La eugenesia, entonces, era el punto culminante de la instrumentación del liberalismo, no su antítesis.

El liberalismo también halló en la eugenesia a un aliado para contrarrestar a la izquierda cuando ésta vinculó el azar darwiniano con la posibilidad de ascenso social. Galton entonces se empeñó en distinguir el *fit*, individuo «apto o adaptado» al medio social, que triunfaría la lucha por la vida; del *unfit*, el «inepto o inadaptado» (Álvarez Peláez, 1985: 97; Carlson, 2001),⁸ vale decir el perdedor, el que fracasaría en esa lucha. Gastar dinero en asistir a este último sería dilapidar los recursos públicos. Dejarlo perecer era una ley de la naturaleza que no podía ser desafiada.

Por un lado allí se expresa la capacidad predictiva de una ciencia social, que, a la vez que nos está diciendo cuál es la mejor forma de ejercer el poder gobernando poblaciones, se muestra como poseedora del saber para determinar de antemano cómo detectar cuáles son las vidas más valorables. Es una utopía futurista. Otra vez eugenesia y utopía se cruzan, ahora a través de un desplazamiento de la sola invocación aristocrática al pasado, hacia la preponderancia que asume la ciencia exhibiendo una matriz tecnocrática que condensa un plan a futuro. Por otro lado, la desigualdad no es entendida como un problema social, sino como una condición biológica, producto de un diseño casi inmodificable de la naturaleza. Sólo quedaban

⁷ Luego de que esta disputa de sentidos atribuidos al concepto de darwinismo social, decantara a favor del sostenido por Spencer, sobrevino la respuesta del sociólogo ruso radicado en Francia, Novicow (1910).

⁸ La adaptación para Galton tenía un sentido distinto del que le había dado Darwin, como la capacidad de sobrevivir y engendrar descendencia fértil. Para Galton había una eficacia en la adaptación expresada al sobresalir en la sociedad, como lo hacían miembros de las clases superiores. El problema de la adaptación, entonces, quedó reducido a la inquietud por el hecho de que las clases superiores se reprodujeran menos que las inferiores.

los resquicios en el ambiente, de los que Galton también se ocupó fundando en 1908 la *Eugenics Education Society* de Londres.

INICIOS DE LA EUGENESIA ARGENTINA: CONSENSOS Y DISENSOS

En Argentina, la difusión del darwinismo social allanó el camino de la eugenesia. Cabe mencionar aquí la tesis doctoral de José Ingenieros⁹ titulada *La simulación en la lucha por la vida* (1903), donde tematiza la necesidad de contener la masividad para identificar, lombrosianamente, al «simulador», aquel que se confunde en el magma de la vida moderna y evita con engaños aceptar el lugar que le correspondía ocupar en la sociedad, como estrategia de supervivencia. La obra tuvo una casi simultánea edición en Turín que ratificó los vínculos de Ingenieros con la Escuela Positiva y con los primeros esbozos de organización de la eugenesia en Italia. De hecho, en la reedición de 1904, Ingenieros agregó la nota a pie donde indica que ideas suyas «acaban de ser confirmadas por el movimiento eugénico rápidamente difundido» (Ingenieros, 2003: 132).

Vale decir, la eugenesia, como estrategia de aceleración en los tiempos de la evolución se instaló a modo de natural prolongación de objetivos y praxis de la Escuela Positiva y de las diversas vertientes lombrosianas que el positivismo decimonónico contribuyó a diseminar.

En 1912, el primer Congreso internacional de eugenesia, celebrado en Londres, tuvo inmediatas repercusiones en Argentina, suscitando reflexiones planteadas inicialmente desde el plano de la educación, donde fue destacada la relación que éste evento guardaba con la *Eugenics Education Society* (López, 1912, 1913) y la integración a problemáticas en boga dentro del mundo universitario (González, 1912). La rápida recepción favorable era indicativa, no sólo de aquella voluntad de participar de las novedades europeas que animaba a la cultura científica argentina, sino también de un claro posicionamiento ideológico. Porque como Girón Sierra ha demostrado, aun en el corazón mismo del movimiento internacional en ciernes, la eugenesia podía ser profundamente cuestionada desde un principio, como lo hizo Kropotkin en el propio Congreso de 1912 (Girón Sierra, 2010).

Por entonces, Víctor Delfino ya era el principal referente internacional de la eugenesia argentina. Y en ese carácter fue invitado por Charles Davenport en 1914 a participar como único representante de América del Sur en el Segundo Congreso de Eugenesia, previsto para celebrarse al año siguiente. El estallido de la guerra interrumpió esos planes (el Segundo Congreso recién se celebraría en 1921), e igualmente Delfino continuó su labor como divulgador de la eugenesia en Argentina, donde fue articulando los intereses sobre el tema de figuras vinculadas al mundo social con otras, cada vez más numerosas, provenientes del campo médico. Así, por una iniciativa de Delfino que acompañaron Joaquín V. González, Gregorio Aráoz Alfaro, Mariano Castex y Genaro Sisto, entre otros, nació en julio de 1918, la Sociedad Eugénica

⁹ Ingenieros fue médico psiquiatra, criminólogo y filósofo. Nació en Italia, en 1877 y se radicó en Argentina desde muy joven. En el cambio del siglo XIX al XX se convirtió en una figura central de la cultura científica argentina. Murió en 1925, en Buenos Aires. Véase Huertas (1991).

Argentina, con un centenar de socios, y adhesiones de Renato Kehl, de Brasil y Carlos Paz Soldán, de Perú.

Delfino era redactor jefe de la *Semana Médica* de Buenos Aires, y en esa función pudo desplegar su tarea de divulgación de la eugenesia. Sus preocupaciones estaban dirigidas a prolongar a la Argentina los principales temas de discusión en Europa. Tras el fin de la guerra, sus secuelas eran una cuestión ineludible, y en torno a ellas, comenzaron a organizarse propuestas para países como Italia. Delfino publicó en la *Semana Médica* una propuesta de Vincenzo Giuffrida Ruggeri aprobada por la Sociedad Italiana de Genética y Eugenesia.

Habiéndose terminado victoriosamente la guerra mundial, las potencias aliadas de la entente se hallarán en contacto más estrecho que en el pasado con el mundo africano. Así, convendría que las diferentes sociedades de eugenesia se ocupasen de obtener de sus gobiernos respectivos, allí donde todavía no las hay, disposiciones legislativas con el fin de prohibir cruzamientos entre europeos y los representantes de las razas africanas, a excepción de las razas mediterráneas (bereberes, egipcios) y de los árabes de raza blanca. Estas interdicciones deberían hacerse extensivas a los matrimonios con reproducciones de todos estos grupos de poblaciones con sangre mediterránea que están diseminados sobre diversos puntos del continente africano. El fin de esta proposición es impedir la difusión de una raza mestiza europeo-africana que, desde varios puntos de vista parece poco deseable (La Sociedad de Eugenesia, 1920: 334).

El texto tenía una función que era mucho más orientativa que informativa. Porque bajo similares coordenadas podía elaborarse una estrategia eugénica en común desde Argentina, dirigida a los dos ejes que allí se señalaban: el control de la inmigración y el establecimiento de impedimentos matrimoniales.

El Museo Social Argentino ya había dado pasos importantes en esa dirección, realizando encuestas sobre la «inmigración deseable», con el propósito de incidir con ellas en las decisiones de gobierno. A su vez, el campo médico argentino, desde una visión que poco tenía de optimista, fue acrecentando el abordaje de los «venenos sociales»: la sífilis, la tuberculosis y el alcoholismo.

En 1921, Alfredo Fernández Verano, un discípulo del prestigioso higienista Emilio Coni, creó la Liga de Profilaxis Social con el propósito de combatir enfáticamente los «venenos sociales» a través de consultas que aspiraban a sentar las bases de un sistema de certificación de la aptitud eugénica para todos los interesados en contraer nupcias (Miranda, 2011). En el orden legal, en un breve lapso se sucedieron normas que establecieron la introducción de contenidos eugénicos en la educación, y por la misma motivación de tipo eugénico, la lucha por la «defensa de la raza» (1925) y el impedimento matrimonial a enfermos de lepra (1926).

Todas estas acciones acompañaban los vastos alcances que iba alcanzando el programa eugénico en la Argentina, como respuesta a un miedo indeterminable que aquejaba a las élites. Sin embargo, aún bajo ese extendido consenso alcanzado dentro del campo político y científico, la eugenesia también dio lugar a explícitos rechazos formulados por quienes podían ver allí un constructo condensador de ideas y prácti-

cas que entrañaban un riesgo cierto para el conjunto de la sociedad. Vale decir, esa arrolladora expresión epocal, que muchos creyeron incontrastable antes de conocerse los más terribles resultados de su aplicación, fue, efectivamente, atacada en su esencia desde la literatura, cuando en 1927, José Gabriel¹⁰ publicó *Farsa Eugenesia* (1927). Era ésta una obra de teatro que ponía en escena la eugenésia para exhibir descarnadamente lo que en verdad entrañaba: no un instrumento para combatir los «venenos sociales» de la sociedad burguesa sino la máxima expresión de sus males. En la obra, la eugenésia canalizaba los prejuicios socioculturales, los elitismos académicos, el cientificismo positivista decadente y una manía biologizadora fundada en profundas hipocresías. El personaje central, un médico ignorante, necio y vanidoso, era el Presidente de la Sociedad Eugénésica para la Regeneración Universal, y en ese carácter promovía toda la batería de acciones que al mismo tiempo se discutían en Argentina. Sus hijos, que obtuvieron más de diez premios de belleza infantil nacieron en Indiana, el Estado en el que comenzaron a llevarse a cabo las esterilizaciones compulsivas por una ley de 1907. Y será un hijo despreciado, por carecer de los premios de sus hermanos, el protagonista de un aleccionador final. La familia eugénica era un cúmulo de miserias que se develan para que la verdad premie al despreciado y castigue al médico que envolvió su vida con la falsedad de la eugenésia (Vallejo, 2014).

Así, en *Farsa Eugenesia*, la pretendida utopía de la sociedad sin conflictos que podía ser alcanzada por efecto de la ciencia, era una máscara desplegada por las élites para ocultar la hipocresía y la doble moral del liberalismo argentino.

TEORÍA DE LA EUGENESIA ARGENTINA: ORGANICISMO Y BIOLOGÍA POLÍTICA

El crac de 1929 impactó directamente en Argentina que al año siguiente sufrió su primer golpe de estado. El liberalismo conservador desplazado desde las elecciones de 1916, hallaba en la crisis un factor decisivo para recobrar el control del poder político. Con estos cambios se producirá la rápida reconfiguración del campo eugénico. Interrumpido el flujo inmigratorio por la crisis, la eugenésia vendría a establecer el estereotipo nacional deseado, antes que un nuevo «aluvión» generara un «patrón racial» indeseado por efecto de una «otredad» inasible –amarillos, negros, judíos, comunistas, podían ser parte de ese universo-.

El golpe de estado, así, operó como eficaz catalizador de una parte de la cultura política y la cultura científica, donde la utopía de la sociedad sin conflictos pasaba ahora a residir en una instrumentación de la eugenésia que afianzaba la integración entre liberalismo e Iglesia Católica. Era una eugenésia cultivada en Italia por Nicola Pende bajo el nombre de biotipología, imbuida de un organicismo de explícito corte aristotélico-tomista que encerraba, en sí, aparentes contradicciones, empezando por

¹⁰ José Gabriel (sus apellidos que nunca utilizaba eran López Buisán) era español. Arribó a Buenos Aires con su familia en 1905. Nació en 1896. Fue un hombre de letras que abrazó el periodismo y cultivó la filosofía desde la cátedra universitaria, tras formarse en torno a las ideas de los españoles Ortega, D Ors y Taborga. Publicó unos 20 libros y numerosos artículos en diversos medios de Argentina, Uruguay, Perú y España. Murió en Buenos Aires en 1957 (Vallejo, 2014).

el hecho de exhibirse desde una clara matriz tecnocrática sin abandonar un ciego acatamiento a cada precepto emanado del Vaticano. Buscaba el sostenimiento de los valores burgueses, donde se enunciaba la defensa de los derechos civiles, a la vez que se encarga de legitimar biológicamente el totalitarismo político.

Ahora bien, recordemos que toda eugenesia se sustenta en el control ejercido sobre la reproducción. El nazismo y distintos estados norteamericanos lo promovieron esterilizando forzosamente a grupos sociales identificados como «indeseables»: locos, pobres, negros, judíos, gitanos, homosexuales, etc. La eugenesia en Argentina puso su mayor énfasis en custodiar el acceso al matrimonio, desde la certeza de que sólo era sujeto de derecho quien procreaba dentro de la norma. Para ello logró que el Estado en 1937 instituyera el certificado médico prenupcial obligatorio, que evaluaba la aptitud de engendrar prole sana.

Se trató entonces de una eugenesia que desplazó su eje por fuera de la esterilización,¹¹ para situarlo en los impedimentos matrimoniales, que llegaron a comprender la restricción de derechos a homosexuales «aptos» por no cumplir su deber social de procrear, y, como contracara ejemplar, campañas para favorecer las familias numerosas luego de quedar demostrada su «aptitud» eugénica (Miranda, 2012). Y hubo una retícula interminable de esferas del estado alcanzadas por estas distintas derivaciones de ese programa de control de la población. En este sentido, en la preferencia hacia la alternativa ambiental por sobre la geneticista, también existió un balance de la función social del eugenista. Si su rol se reducía sólo a una acción quirúrgica, el papel en la sociedad quedaba restringido a los límites del quirófano y del saber que se aplicaba por una única vez en ese espacio. Si, en cambio, podía ocuparse de «corregir» moralmente los desvíos de las personas, su reconocimiento tendría menos limitaciones, pudiendo avanzar desde la medicina individual hacia otros campos como la medicina social y del trabajo, la educación, el derecho, la tutela de los menores en asilos, la criminología (ayudando a fuerzas represivas a determinar peligrosidades predelictuales). Puede decirse así que esta eugenesia, más que una alternativa ética, representó un mecanismo eficaz para ampliar el campo de acción y reconocimiento social. Antes que una posición de confrontación con las vertientes «duras», constituyó una orientación que posibilitaba entablar mayores diálogos con el poder. Está claro que por un lado proseguían los interrogantes en relación a las leyes de la herencia y, por otro, el impulso de la Iglesia a una eugenesia no esterilizadora, eran factores que restringían el espacio para promover acciones de dudosas consecuencias. El tema en cuestión era cómo instrumentar la eugenesia, no su autoritarismo o grado de coerción, cuya aceptación ya estaba fuera de discusión.

La eugenesia también quedó inmersa en una perspectiva que interpeló la democracia desde pretendidas razones biológicas que antepusieron, a criterios igualitarios, la preponderancia de una organización fundada en razas superiores e inferiores con su consecuente reflejo en clases sociales dirigidas o dirigidas.

¹¹ El protagonismo de esta eugenesia estaba en el control ejercido a través de la moralización del ambiente. Aun así, la esterilización no era absolutamente ajena. Véase Eraso (2013).

Así, la imprevisibilidad de la «lucha» darwiniana dejaba paso a la irrupción de la eugenesia como la utopía de un orden finalista aplicado al mundo social. Los eugenistas argentinos siguieron el ejemplo de Italia, y particularmente de Nicola Pende, quien buscó poner en correspondencia al nuevo estado corporativo con los fundamentos de la biología. En efecto, la biotipología era «política sobre bases biológicas» o también «biología política». Se valía de la biología moderna y el desarrollo reciente de la endocrinología para articularlos con preceptos religiosos. Era una utopía tecnocrática que concebía el poder desde la integración de ciencia, política y religión.

Para Pende, el paso del darwinismo social expresado en el *laissez faire* al fascismo, equivalía al desplazamiento de una consideración del organismo como marco de una competencia interindividual hacia otra que lo veía como el resultado de interacciones complementarias. El fascismo era la expresión de principios biológicos, donde el Estado fuerte, unitario y unificador era la contraparte social de la biología totalizadora del individuo (Vallejo, 2005). Pende también enunció leyes tendientes a fijar estos principios. La Ley del altruismo celular establecía que el todo estaba por encima de las partes y el instinto egoísta de conservación debía subordinarse a la asociación, renunciando a la libertad en beneficio de la utilidad colectiva. La Ley de la división del trabajo planteaba que las desigualdades sociales equivalían a la colectividad de tejidos y células de un organismo, donde clases celulares energéticamente diferenciadas debían trabajar en armonía en el interés colectivo, del mismo modo que en el organismo nacional lo hacían las clases de ciudadanos al comportarse como clases biológicas (Vallejo, 2005).

Dentro del organismo social, el rol de la eugenesia era detectar el «justo lugar» que cada uno debía ocupar en la sociedad. Para eso la biotipología estudiaba individualizada y totalizantemente las poblaciones a fin de detectar predisposiciones morbosas, candidatos al delito o a la enfermedad, detectándolos a tiempo, antes que su mal afectara al cuerpo social. Se introducía en lo profundo del ser a través de un desplazamiento de la antropología criminal a la antropología endócrina. De los rasgos fenotípicos al funcionamiento hormonal y del cuerpo al alma, para hallar alteraciones fisiológicas y/o morales (Vallejo, 2005).

A los biotipos identificados les correspondían temperamentos acordes a determinadas tareas. Así, la indagación acerca del estado de normalidad de un individuo iba acompañada de la identificación del «justo lugar» que éste debía ocupar dentro de la división del trabajo.

La recepción en Argentina de esta formulación italiana de la eugenesia, coincidió con la Encíclica *Casti Conubii*, dictada por el Papa Pío XI, que abordó la eugenesia para «desaconsejar» el matrimonio entre quienes se conjeturara que engendrarían «hijos defectuosos» (Vallejo y Miranda, 2014). Ello favoreció una confluencia entre eugenesia y religión, que quedará reforzada tras la creación de la Asociación Argentina de Biotipología, Eugenesia y Medicina Social en 1932, y la celebración del Congreso Eucarístico internacional en 1934 en Buenos Aires.

POLÍTICA DE LA EUGENESIA: DISCURSOS, PRÁCTICAS Y CUESTIONAMIENTOS

Dentro de un orden político signado por los acuerdos entre liberales y católicos, el organicismo social y la biología política confluyeron en los lineamientos seguidos en el ejercicio del poder. Un ejemplo particularmente representativo, podemos hallarlo en la labor de Carlos Saavedra Lamas, una figura paradigmática del pensamiento liberal que, entre 1932 y 1938, tuvo a su cargo el manejo de las relaciones exteriores de la Argentina.¹²

Bajo ideas impregnadas de un fuerte criterio organicista, cuestionaba la democracia desde la biología, expresándose dentro de una sintonía bastante cercana a la de Pende. Para Saavedra Lamas, la civilización se debatía en la necesidad de conciliar una composición democrática y otra científica, integrar «el riguroso espíritu igualitario con los postulados científicos impuestos por la sociología naturista asentadas en el darwinismo social, en la antroposociología, en la teoría orgánica» (Saavedra Lamas, 1937: 25).

Si es verdad, pues, que toda civilización penetrada del sentimiento democrático no ha armonizado bien, según Huxley, la profundidad de la idea igualitaria con la enseñanza inmensa de los hechos, en que la diferenciación, la herencia, la concurrencia, se revelan en lenta ascensión de las formas del ser, podemos presentar aquí, la feliz jerarquización de las masas innumerables que oponen al habeas corpus de las multitudes, el habeas animum de las élites dirigentes (Saavedra Lamas, 1937: 25-26).

El énfasis puesto en la diferenciación entre la idea igualitaria y la herencia, multitudes y dirigentes, implicaba avanzar por un camino que, indefectiblemente, conducía a la selección de razas. Saavedra Lamas abogaría por:

una acción preparatoria de la sociedad, en que inciden las razas y se depositan los gérmenes de la selección futura, tan grave y delicada para el desarrollo de las condiciones ulteriores de una nación [...] Necesitamos acentuar una profilaxis étnica y moral, intensa y activa. Necesitamos leyes preventivas y represivas que la consagren. Necesitamos el contralor racial, que es un problema moderno, cada día más grave, unido al contralor moral. La posición del Estado a este respecto, no puede encontrarse en los primeros economistas, que la dejaron con la pasividad propia del *laissez faire* de la época [...] No puede permanecer indiferente ante la alteración que pueda producirse en su composición étnica, ni puede cerrar los ojos ante fenómenos directos e inmediatos de degeneración moral y racial, que la transfusión de sangre produce en el organismo de las sociedades humanas. No puede admitir las masas analfabetas contaminadas por ideas subversivas, ajenas a las condiciones del nuevo ambiente y hasta peligrosas para participar en la vida política local [...] El factor fundamental de nuestro progreso está en la incorporación de grupos

¹² Saavedra Lamas nació en 1878 y murió en 1959. Fue Ministro de Relaciones Exteriores de la Argentina y en 1936 obtuvo el Premio Nobel de la Paz por su intervención que ayudó a poner fin a la Guerra del Chaco. Luego fue rector de la Universidad de Buenos Aires.

humanos en forma seleccionada, sometida a todas las normas preventivas (Saavedra Lamas, 1937: 162-163).

Entre las consecuencias prácticas de la doctrina Saavedra Lamas se halla el cierre de fronteras a refugiados políticos decidido en 1936 por el gobierno argentino. Ello se complementó con la orden a funcionarios en el exterior de impedir la adjudicación de visas a judíos que emigraban de Alemania.

La complementariedad dentro de un criterio eugénico entre las persecuciones en Europa y la negativa a recibir refugiados en Argentina, quedó crudamente expuesta cuando, en agosto 1941, ante la solicitud de ingreso de un contingente de judíos, la respuesta del embajador en el Reino Unido, Tomás Le Bretón, fue que «los niños judíos eran la clase de personas que el gobierno argentino no quería tener en el país, ya que con el tiempo crecerían y contribuirían a aumentar la población judía por propagación». Igualmente dejó abierta la posibilidad de complacer el pedido si los «solicitantes estaban dispuestos a dejarse esterilizar» antes de ingresar al país (Goñi, 2002: 69-79).

De todos modos, cabe señalar que este episodio que conjuga a un alto funcionario invocando la esterilización como una política pública y el antisemitismo que coloca al pueblo judío como objeto de esa política, se inscribió en el marco de una Circular secreta. Vale decir, aun cuando no fuera la única forma en que se planteó la posibilidad de llevar a cabo esterilizaciones (Eraso, 2013), existió en esa circunstancia una necesidad de ocultar una medida que en otros países estaba naturalizada. Fundamentalmente porque en la articulación entablada entre liberalismo e Iglesia Católica, se buscó exaltar públicamente una «coerción disimulada», que recurría a mecanismos menos cruentos que la esterilización para impulsar selecciones.

Dentro de esta eugenesia que podía ser explicitada, existían dos maneras fundamentales de selección. Por un lado la que se llevaba a cabo articulando lo científico y lo religioso, la puesta a prueba del cuerpo y el alma, a través del examen médico obligatorio y la consulta pre-matrimonial. Por otro lado quedaba a cargo de los biotipólogos la realización de fichajes para detectar «el justo lugar» de cada individuo.

En 1939 la Asociación Argentina de Biotipología, Eugenesia y Medicina Social, liderada por el médico Arturo Rossi, organizó el Primer Congreso de Sociología y Medicina del Trabajo, donde se llegó a proclamar que la biotipología podía preparar al trabajador desde su nacimiento, orientándolo hacia la internalización del «justo lugar» que le correspondería ocupar a lo largo de su vida.

Sin embargo, y frente a las extendidas muestras del afianzamiento de la biotipología como un saber hegemónico, aquel evento también posibilitó dejar en claro que había allí muchas zonas grises de las que desconfiar. En efecto, Bartolomé Bosio, un médico anarquista de larga trayectoria en el medio rural, fue el responsable de desarmar el argumento central de esta propuesta eugénica, al ponerlo en tensión con un respeto diferencial a las libertades individuales, según la escala social de procedencia.

A un feliz mortal, hijo de rico ganadero, o de un fuerte accionista de grandes empresas industriales, mineras, comerciales, ferroviarias, etc. ¿qué justo lugar le asignarían los biotipólogos? ¿Se sometería a esa investigación científica, con

respecto a sus disposiciones o predisposiciones orgánico-psicológicas? Por las preguntas que formulamos, al pasar, se puede comprender que a esos hombres no les alcanzaría la ciencia de los biotipólogos. Para eso cuentan con la libertad individual. La ciencia de los biotipólogos no tiene entrada en ese sector social (Bosio, 1939: 1138).

EUGENESIA Y AMBIENTE

Durante décadas, en la Argentina se desarrolló una eugenesia en la que, puede decirse, prevalecieron los rasgos ambientales, vinculados a una integración entre parte de la cultura científica, de la cultura política y la religión, desde la aplicación de un *corpus* teórico que pudo ser bien recibido por liberales y católicos.

Suponer que la presencia de esas tradiciones científica, política y religiosa, estuviera por sí sola indicando un carácter positivo de la experiencia, resulta cuanto menos aventurado. Otro tanto puede suceder si confiamos en que lo ambiental nos indicaría, incuestionablemente, que estamos en presencia de una característica valorable *per se*. Sobre los riesgos de naturalizar este tipo de razonamiento, vale la pena acudir a una aguda explicación, cargada de ironía, con la que Cortázar nos explicó cómo funcionaba la eugenesia ambiental:

Pasa que los cronopios no quieren tener hijos, porque lo primero que hace un cronopio recién nacido es insultar groseramente a su padre, en quien oscuramente ve la acumulación de desdichas que un día serán las suyas.

Dadas estas razones, los cronopios acuden a los famas para que fecunden a sus mujeres, cosa que los famas están siempre dispuestos a hacer por tratarse de seres libidinosos.

Crean además que en esta forma irán minando la superioridad moral de los cronopios, pero se equivocan torpemente pues los cronopios educan a sus hijos a su manera, y en pocas semanas les quitan toda semejanza con los famas (Cortázar, 2008).

Si tomamos literalmente el último párrafo, podríamos advertir allí una idea inquietante. Era la misma que en la España del primer franquismo esgrimió el psiquiatra Antonio Vallejo Nájera para que en nombre de la ciencia se procediera a la sustracción de hijos de republicanos para la posterior entrega a familias «bien constituidas» (Vinyes, Armengou y Belis, 2003). Y era también la misma idea que llevaría a la última dictadura argentina, a desplegar un plan sistemático de similares características sobre los hijos de «subversivos».

Así, la eugenesia como utopía de la sociedad sin conflictos, también podía llegar a plasmar su carácter ambiental a través de feroces dictaduras.

BIBLIOGRAFÍA

Fuentes primarias

BOSIO, Bartolomé (1939). Breves consideraciones sobre los propósitos del Primer Congreso de Sociología y Medicina del Trabajo. *La Semana Médica*, 49, pp. 1337-1339.

- CORTÁZAR, Julio (2008 [1962]). Eugenesia. En *Cuentos completos*, 2, p. 153.
- GONZÁLEZ, Joaquín V. (1912). Cooperación, mutualidad y eugénica social. En *Obras completas de Joaquín V. González*, XV. UNLP-Congreso de la Nación: Buenos Aires, pp. 431-433.
- INGENIEROS, José (2003 [1903]). *La simulación en la lucha por la vida*. Losada: Buenos Aires.
- JOSÉ GABRIEL (1927). *Farsa Eugenesia*. Buenos Aires: Calpe-Urgoiti.
- La Sociedad de Eugenesia contra los casamientos entre europeos y africanos (1920). *La Semana Médica*, 36, p. 334.
- LÓPEZ, Elvira (1912). Primer Congreso Internacional de Eugénica. *Revista de Ciencias Políticas*, pp. 64-74.
- LÓPEZ, Elvira (1913). Eugenismo. *Boletín del Museo Social Argentino*, 21, pp. 313-323.
- NETTLAU, Max (1933 [1927]). *De la crisis mundial a la anarquía. Eugenesia de la sociedad libre*. Barcelona: Solidaridad Obrera.
- NOVICOW, Jacques (1910). *Le critique du darwinisme social*. París: Félix Alcan.
- SAAVEDRA LAMAS, Carlos (1937). *Por la paz de las Américas*. Buenos Aires: Gleizer.
- SPENCER, Herbert (1900). *El organismo social*, traducción de Miguel de Unamuno. Madrid: La España Moderna.

Fuentes secundarias

- AGAR, Nicholas (1998). Liberal Eugenics. *Public Affairs Quarterly*, 12 (2), pp. 137-155.
- BUCHANAN, Allen, Dan Brock, Norman Daniels y Daniel Wikler (2001). *From Chance to Choice: Genetics and Justice*. Cambridge: Cambridge University Press.
- ÁLVAREZ PELÁEZ, Raquel (1985). *Sir Francis Galton, padre de la eugenesia*. Madrid: CSIC.
- CARLSON, Elof Axel (2001). *The Unfit. A History of a bad Idea*. Nueva York: Cold Spring Harbor.
- ERASO, Yolanda (2013). *Representing Argentinian Mothers. Medicine, Ideas and Culture in the Modern Era, 1900-1946*. Ámsterdam y Nueva York: Rodopi.
- GIRÓN SIERRA, Álvaro (2010). Piotr Kropotkin contra la eugenesia: siete intensos minutos. En Gustavo Vallejo y Marisa Miranda (Dirs.), *Derivas de Darwin. Cultura política en clave biológica*. Buenos Aires: Siglo XXI, pp. 119-142.
- GOÑI, Uki (2002). *La auténtica Odessa: la fuga nazi a la Argentina de Perón*. Buenos Aires: Paidós.
- HABERMAS, Jürgen (2002 [2001]). *El futuro de la naturaleza humana ¿Hacia una eugenesia liberal?* Barcelona: Paidós.
- HUERTAS, Rafael (1991). *El delincuente y su patología. Medicina, crimen y sociedad en el positivismo argentino*. Madrid: CSIC.
- JIMÉNEZ LUCENA, Isabel, y Jorge Molero Mesa (2014). Una dialógica desestabilizadora del orden social y sexual: el médico argentino Juan Lazarte en la revista anarquista *Estudios* (1932-1936). *Asclepio*, 66 (2): p. 56. doi: 10.3989/asclepio.2014.20.

- LA VERGATA, Antonello (2013). Eugenesia y utopía. En Rosaura Ruiz, Miguel Ángel Puig-Samper y Graciela Zamudio (Eds.), *Darwinismo, biología y sociedad*. Madrid: Doce Calles, pp. 235-252.
- LEDESMA PRIETTO, Nadia (2014). Eugenesia y Revolución Sexual. El discurso médico anarquista sobre el control de la natalidad, la maternidad y el placer sexual. Argentina, 1931-1951. Tesis para obtener el título de Doctor en Historia, Universidad Nacional de La Plata.
- MIRANDA, Marisa (2003). La antorcha de Cupido: eugenesia, biotipología y eugeamia en Argentina, 1930-1970. *Asclepio* 55 (2), pp. 231-255.
- MIRANDA, Marisa (2012). Buenos Aires, entre Eros y Tánatos. La prostitución como amenaza disgénica (1930-1955). *Dynamis*, 32 (1), pp. 93-113.
- MIRANDA, Marisa (2012). *Controlar lo incontrolable. Una historia de la sexualidad*. Buenos Aires: Biblos.
- MIRANDA, Marisa (2014a). La eugenesia y sus historiadores. En Carolina Biernat y Karina Ramacciotti (Eds.), *Historia de la salud y la enfermedad bajo la lupa de las Ciencias Sociales*. Buenos Aires: Biblos, pp. 83-102.
- MIRANDA, Marisa (2014b). Medicina y eugenesia en la Argentina de entreguerras: apuntes en torno a un pensamiento heterodoxo. *Cuadernos del Sur-Historia*, 40, pp. 177-194
- STEPAN, Nancy L. (1991). *The Hour of Eugenics*. Ithaca y Londres: Cornell University Press.
- STERN, Alexandra Minna (2005). *Eugenic Nation. Faults & Frontiers of Better Breeding in Modern America*. Los Ángeles: University of California Press.
- VALLEJO, Gustavo (2014). Darwinismo y eugenesia en fantasías literarias de intelectuales argentinos de comienzos del siglo XX: Bunge y José Gabriel. *Cadernos de Pesquisa Interdisciplinar em Ciências Humanas*, 15, (107). [dx.doi.org/10.5007/1984-8951.2014v15n107p79](https://doi.org/10.5007/1984-8951.2014v15n107p79).
- VALLEJO, Gustavo y Marisa Miranda (2014). Dirigir el azar: Iglesia católica, evolucionismo y eugenesia en Argentina. En Miguel Ángel Puig-Samper, Francisco Orrego, Rosaura Ruiz y Alfredo Uribe (Eds.), «*Yammesrschuner*». *Darwin y la darwinización en Europa y América Latina*. Madrid: Doce Calles, pp. 327-344.
- VINYES, Ricard, Montse Armengou, y Ricard Belis (2003). *Los niños perdidos del franquismo*. Barcelona: Debolsillo.